

ADMINISTRACION, CALLE DE LEANDRO VALLE, Núm. 12.

SUMARIO

TEXTO:—*Aptitudes de la mujer para las artes* (continuacion), por Concepcion Gimeno de Flaquer.—*La Sevillana* (continuacion), por Antonia Diaz de Lamarque.—*Luis Monroy y su gran cuadro "Los huérfanos en el sepulcro de la madre,"* por Ignacio Ojeda Verduzo.—*Quiero tu dolor,* por Manuela Ramos de Labastida.—*Aspiracion,* por Luis G. Rubin.—*La vida,* por Agustin Fernando de la Serna.—*Confiteor,* por Francisco de P. Cosío.—*Crónica mexicana,* por Francisco de P. Flaquer.—*Tres Amigas* (continuacion). Novela original de Julia Asensi.—*Pensamientos de hombres célebres.*—*Explicacion de las ilustraciones,* por F.—Anuncios.

ILUSTRACIONES:—Eloisa, esposa de Abelardo.—Los huérfanos en el sepulcro de la madre.—Exmo. Sr. D. Juan Alés.—Mesa construida por un artista mexicano para el señor Presidente de la República.

APTITUDES DE LA MUJER

PARA LAS ARTES.

(Continuacion)

La imaginacion de la mujer, lozana siempre y caprichosa, podrá dar á las figuras una gracia suficiente á cubrir las irregularidades del dibujo y de las proporciones, en el caso de que existan en sus obras esas irregularidades.

La gracia hace la belleza viva y picante, pues sin ella, la belleza seria insulsa, muerta y sin atractivos. Se ha dicho que la gracia es una de las ramas del buen gusto, por la cual el arte viene á complacer el espíritu de la manera más dulce y agradable. La gracia es la expresion, y la expresion es aquella parte de la pintura que representa los movimientos del alma, sus pasiones ó ideas, tanto las que excita la presencia de los objetos, cuanto las que se muestran en el semblante y en las actitudes del cuerpo.

Un escritor nos dice acerca de la expresion: «La union del cuerpo y del alma es de tal naturaleza, que no puede haber movimiento en la una que no excite su movimiento en el otro. Debiendo, pues, el pintor representar sus figuras en accion, debe expresar en sus semblantes aquella situacion y aquellos movimientos que el alma produciria en los cuerpos si realmente se hallase en aquel estado; pero como entre estos movimientos hay su más y su ménos, esto es, que unos son forzados, otros fáciles, algunos ordinarios, otros distinguidos y de otras mil maneras, depende, por tanto, del gusto del pintor el saber escoger los que producen belleza.»

La pintura puede expresar la alegría, la pena, la resignacion, la inquietud, la lucha y la amargura de un modo elocuente, lo mismo que la poesia, valiéndose del simbolo, del emblema y de la alegoría. Teniendo la mujer una fantasia ardiente y soñadora, es muy accesible á la belleza ideal.

Sin poseer los talentos metafísicos de Malbranche,

Aristóteles y Platon, puede explicarse en qué consiste la belleza ideal. La belleza ideal es el arquetipo ó modelo mental de perfeccion que resulta en el espíritu del hombre, despues de haber comparado y reunido las perfecciones de los individuos. Algunos estéticos la definen de este modo: «Es belleza ideal el modelo mental de perfeccion, aplicada por el artifice á las producciones de las artes; entendiendo por perfeccion todo lo que, imitado por ellas, es capaz de excitar con la evidencia posible la imágen, idea ó efecto que cada uno se propone seguir en su fin.

Las artes imitativas no se limitan á la representacion exacta del natural, pues de no remontarse en alas del entusiasmo hasta las más elevadas regiones de la belleza, quedaria inactiva nuestra imaginacion. Todo lo más sublime lo concibe la criatura sin verlo jamás. El sentimiento de lo bello que tanto enaltece á quien lo posee, puede rebajar al hombre, cuando este sentimiento se adultera, descendiendo á un grosero materialismo: hay belleza sensible ú óptica, y belleza inteligible ó para el espíritu, porque estamos compuestos de dos elementos, que son los sentidos y la inteligencia; y es preciso tener presente que lo bello no es un objeto ni sustancia, ni un ser existente por sí mismo; es un resultado colectivo, un efecto que con relacion á nuestros sentidos y á nuestra inteligencia produce, ya el sentimiento, ya la sensacion.

A pesar de que la lascivia y la crueldad se hermanaban en el siglo de Pericles, nunca habian llegado las artes al esplendor de entónces: bien puede apellidarse á esta gloriosa época la edad de oro del arte.

Hubo un afortunado período en que los griegos adoraban la belleza espiritual: sabidos son los entusiastas aplausos dados por todo un pueblo á la narracion de Herodoto y á las poesias de Corina y de Pindaro.

Degollaban sin piedad los siracusanos á los atenienses prisioneros en la guerra de Sicilia; mas al oírles declamar versos de Euripides, rompieron sus cadenas, diéronles hospitalidad, y por último los enviaron libres á su patria. El odio y la envidia querian destruir á Atenas: con feroz é insultante propósito asistieron los vencedores á la representacion de una tragedia de Euripides; mas al volverse el coro hácia Electra, diciéndole: «Hija de Agamenon, nosotros venimos á tu humilde y desolada cabaña,» todos compararon tamañas miserias con las de Atenas, lloraron, y la perdonaron.

En tan afortunada época se imponia como acto de piedad la ejecucion de bellas obras, de manera que los templos, más que mansiones de oracion, eran monumentos artísticos y nacionales.

Tal pasion por el arte se hizo general. Plinio refiere que de un taller de los Rodios salian anualmente mil